

LA IMAGEN DE LOS PUEBLOS LEJANOS EN LA OBRA DE HERÓDOTO

MANUEL ALBALADEJO VIVERO
Suffolk University Madrid

BIBLID: [0571-3692 (2007) 267-281]

RESUMEN: La obra de Heródoto contiene el principal estudio etnográfico de la antigüedad. Se refirió a los países más remotos del mundo conocido en su época; en el modelo seguido para describir a sus pobladores reinaban dos tópicos paradójicamente antagónicos: por un lado, sus costumbres salvajes y, por otro, su existencia idealizada y feliz.

PALABRAS CLAVE: Heródoto; pueblos remotos; literatura etnográfica; África; Escitia; India.

ABSTRACT: Herodotus' work contains the most important ethnographical study of Ancient times. He dealt with the farthest lands of the known world. In the model he followed to describe the people of those remote lands there were two main clichés, ironically antagonistic: on the one hand, they had savage habits and, on the other hand, their life was idealized and happy.

KEY WORDS: Herodotus; distant peoples; ethnographical literature, Africa; Scythia; India.

Heródoto situó el escenario de sus *Historias* o, lo que es lo mismo, de los sucesivos enfrentamientos entre Europa y Asia en el mayor teatro de operaciones posible en su época: el del mundo conocido por los griegos.

Fue consciente, como muy pocos compatriotas suyos en aquellos momentos, del hecho de que el imperio persa se trataba de una entidad de unas dimensiones geográficas sin precedentes; por tanto, dentro de dicha mentalidad, el

estallido del conflicto con Grecia debía tener repercusiones en toda la Tierra conocida.

Por ese motivo, sus descripciones de las remotas regiones y de quienes las poblaban, así como sus propias indagaciones en materia biológica y etnográfica (a menudo etiquetadas simplemente como “digresiones” por los especialistas) conforman una parte fundamental dentro del esquema seguido por su obra.

No resultaría nada descabellado afirmar que la investigación herodotea acerca de otras tierras y costumbres se encuentra tan integrada dentro de su proyecto como su estudio sobre las guerras mantenidas por griegos y bárbaros.

A lo largo de las *Historias*, Heródoto describió los países y las tradiciones de los lidios, tracios, persas, babilónicos, egipcios, libios, etíopes, indios y escitas. Posiblemente, la gran cantidad de espacio dedicado a los anteriores pueblos hubiese sorprendido menos a su público que a sus lectores actuales, acostumbrados a una noción diferente de lo que debe ser un estudio histórico.

En la época de Heródoto no había una separación rígida entre géneros literarios como la geografía, la etnografía y la historia propiamente dicha.

Es indudable que se basó en la obra de sus predecesores, donde Hecateo de Mileto ha quedado como ejemplo paradigmático, aunque con el objetivo de producir un resultado de mayor calado: una colección de datos empíricos que permitiría a su público examinar la variedad de tipos humanos al igual que las constantes existentes en la naturaleza humana.

Heródoto elaboró tanto un mapa cultural como una imagen del mundo físico que, sin la menor duda, permitieron a su audiencia griega conocer su propio lugar dentro de ambos terrenos, el cultural y el geográfico.

¿Dónde obtuvo la información acerca de tantos pueblos y tierras tan escasamente conocidos? Es obvio que no tuvo por costumbre citar sus fuentes. A veces atribuyó esa información a los propios pueblos: “los persas dicen”, “los egipcios dicen”. Eso, como mucho, indica simplemente la existencia de una tradición.

Otras veces dice que viajó e investigó por su cuenta; este argumento, por ejemplo, es repetido a menudo en el *logos* egipcio.

El hecho de que Heródoto hubiese viajado realmente a todos los lugares donde dice que estuvo es dudoso; ésta era la opinión del gran estudioso alemán Félix Jacoby, pero hay un gran dificultad para comprobarlo.

Lo más conveniente sería aceptar que el de Halicarnaso sometió a su propio examen crítico la información que transmitió, independientemente de su fuente.

Podríamos realizar diversas clasificaciones en cuanto a la forma que tuvo Heródoto de incluir en su obra la materia que ahora nos ocupa.

De esta manera, en primer lugar, diríamos que dividió el mundo entero en dos campos generales: la geografía y la etnografía.

En el caso de la división geográfica, la mostró en IV, 36-45. A grandes pinceladas, señalaremos que rechazó la anterior imagen de una Tierra circular rodeada por el Océano y dividida en dos mitades iguales, que correspondían a Europa y Asia.

Él fue quien introdujo por vez primera la división tripartita: Europa, Asia y Libia. Además, en diversos pasajes de sus *Historias* escribió que el Océano le parecía una noción puramente mítica; quiso basar su investigación en datos empíricos y razonables.

Por otro lado, al llegar a este punto hay que hacer referencia a un largo y un tanto pesado artículo de 1978 en el que Rosellini y Saïd expusieron que habían apreciado en la obra de Heródoto otra división tripartita pero, en esta ocasión, aplicable a todos los continentes.

En cada uno de ellos había un centro, ordenado y fácilmente reconocible; una periferia o región intermedia y, por último, los extremos o *eschatiai*.

El autor empleó un método y una crítica de sus fuentes en materia etnográfica similar a la empleada en su trabajo puramente historiográfico.

Realizó sus observaciones, recogió información oral, comprobó las fuentes literarias disponibles y analizó todo eso mediante su perspectiva racional.

En pocas ocasiones ofreció referencias exactas, pero distinguió con cuidado la información que manejaba y si ésta era fiable o no.

Eso sí, para el caso de los extremos pocas veces contó con fuentes. Sus viajes, como escribió Jacoby, aunque fueron dignos de ser destacados, nunca se adentraron más allá de las zonas centrales de la ecumene. Para las zonas extremas dependió de los relatos de unos pocos viajeros, de modo que la única posibilidad que tenía de comprobarlos era a través de su sentido crítico.

Los grandes *logoi* etnográficos fueron dispuestos en lugares bien definidos dentro de las *Historias*; es el caso de Egipto, Escitia y Libia, países descritos cuando surgieron en la descripción de la expansión del imperio persa, tal y como demostró Jacoby. En cambio, los extremos son unos simples apéndices; no eran unos relatos necesarios dentro del programa de la obra, sino que servían para entretener al público.

Los extremos eran “diferentes”, realmente muy “diferentes” y eso Heródoto lo encontraba divertido y seguramente también su audiencia.

Un tema recurrente al tratarlos es la relatividad de costumbres, un tema introducido de una forma que podríamos denominar como “etnocentrismo inverso”.

De todas maneras, el principal interés etnográfico del autor era el *nomos* y la diferencia entre *nomoi*. En este sentido, debemos afirmar que realizó un intento serio por aceptar cada cultura con sus propios valores.

A menudo puso énfasis en los elementos que diferían más claramente de los

habituales en Grecia, aunque desde un punto de vista difusionista que también le permitía advertir las similitudes.

Una característica muy propia del pensamiento de Heródoto fue el conceder mayor importancia a los ritos porque pensaba que siempre eran antiguos e inmutables y así demostraba el origen de las diferentes naciones.

Sus ideas difusionistas se aprecian al hablar acerca de las ceremonias. Así, hizo proceder algunas costumbres rituales griegas de Libia¹ y viceversa².

Al igual que muchos otros autores, Heródoto escribió lo que pensaba que interesaría a su auditorio y, como todo el mundo, interpretó lo que veía y escuchaba a la luz de lo que le era familiar, es decir, la *interpretatio graeca*.

Por supuesto, también eran inevitables una selección más o menos consciente de los materiales e incluso una simplificación de los mismos. Un ejemplo de esto último fue su intento de establecer lo que le pareció esencial y de abandonar lo que consideró meramente accesorio.

Si regresamos al esquema tripartito que hemos mencionado antes, esto es, el que establece tres círculos concéntricos, recordaremos que contiene una zona central, donde existe una vida ordenada y normal con las vicisitudes propias de quienes viven en la hesiódica "Edad de hierro". A su alrededor se encuentra la región intermedia, habitada por tribus nómadas. Por último, el círculo externo contiene los extremos del mundo habitado, poblado a veces por salvajes, a veces por pueblos idealizados, donde abundan, además, los beneficios propios de un mundo regido por la "Edad de oro".

Las diferencias existentes entre esos círculos son patentes en cada aspecto de la vida social y económica: en la religión y en las costumbres funerarias; en el amor y el matrimonio; en la comida y bebida y, por último, en la vivienda y en el modo de vida.

Es necesario advertir que este esquema no lo inventó Heródoto, ya hay algunas trazas del mismo en los poemas homéricos y, posteriormente, en la obra de Ctesias de Cnido, a finales del siglo V a.C. e incluso en la de Estrabón, ya en época de Augusto.

De todas maneras, los detalles propios del método se encuentran de forma más completa en la obra de Heródoto, el único ejemplo completamente conservado de etnografía griega antigua.

En cada uno de los tres continentes la serie se desarrolla desde el sistema ordenado y complejo de la zona central, en especial Grecia, hasta la anarquía primitiva o la utopía, en su caso, de los extremos pasando por el simple aunque todavía sistematizado modo de vida de los nómadas.

¹ Hdt. IV, 189.

² Hdt. IV, 180.

Por poner otro ejemplo, la religión de los griegos, que cuenta con numerosos dioses, héroes y cultos, todos ellos con sus respectivos templos y lugares sagrados, contrasta con la religión simple de los nómadas, que tan sólo rendían culto a uno o dos dioses y, por supuesto, con los salvajes que vivían sin religión.

LOS ETÍOPES

Nuestro autor, mencionó a los etíopes fundamentalmente en III, 17-25, con algunas citas relevantes en II, 29 y III, 114. Un acierto suyo fue el no confundir Etiopía con la India, algo frecuente en los autores anteriores e incluso en muchos posteriores a él, incluso durante la Antigüedad tardía.

En la literatura griega había una larga tradición acerca de estas gentes, si bien Heródoto mantuvo un distanciamiento crítico con respecto a estos precedentes.

Partió, como no podía ser de otra manera, de la tradición homérica, que mencionaba dos tipos de etíopes, los de oriente y los de occidente. Los orientales de Heródoto se ubicaban en el Beluchistán, al sur del actual Pakistán. Con toda seguridad, su piel negra fue el motivo para que los identificase con los etíopes africanos. Aún así, se diferenciaban en el idioma y en las características de su cabello, ya que los occidentales lo tenían rizado y los orientales, lacio.

Etiopía en sentido estricto, el país al sur de Egipto, era conocida a través de varios mitos y leyendas. Etimológicamente, “etíope” significa “de piel negra”, lo que se explica según el pensamiento etnográfico de la Grecia arcaica por la cercanía del Sol, pero nuestro autor, que dio un salto cualitativo con respecto a las generaciones anteriores en esta materia, no mencionó la supuesta proximidad solar.

Etiopía contenía tanto la región intermedia como el extremo. Los etíopes de la zona intermedia, es decir, quienes vivían cerca de la frontera con Egipto, eran vasallos de los aqueménidas, enviaban tributos a Darío y formaron parte del ejército de Jerjes. Este grupo incluiría a los etíopes nómadas y quizás también a los habitantes de Méroe.

Por lo que respecta a los etíopes del extremo meridional del mundo, hay que señalar que una de sus principales características consistió en su longevidad. Incluso recibieron en las *Historias* el nombre de etíopes “macrobios” (de larga vida); en concreto, el rey de los etíopes le comunicó a los espías enviados por el persa Cambises que vivían unos 120 años, algunos incluso superaban esa cifra. A esta particularidad, debemos añadir su altura y su belleza, sin parangón en el resto del mundo, sin olvidarnos de la abundancia de oro en su país, hasta el punto de encadenar a los prisioneros con grilletes de dicho metal precioso.

En este *lógos* aparece también un tema antiguo, la “Mesa del Sol”, que se trataba de una pradera a las afueras de una ciudad sin identificar que amanecía repleta de carne cocida que los “macrobios” podían degustar a su antojo. Esta leyenda puede pertenecer a la misma tradición que el relato homérico, donde, recordemos, se dice que los dioses celebraban banquetes en compañía de los pidosos etíopes. En el mundo arcaico, la presencia de los dioses en los extremos de la ecumene era uno de los elementos propios de la “Edad de oro”.

En un mundo que ya no era arcaico, Heródoto ignoró la presencia de los dioses y -en contraposición a lo afirmado por los propios etíopes “macrobios”, en el sentido de que era la tierra quien producía cada noche los alimentos- ofreció una interpretación racional a la aparición de comida en la Mesa: eran los magistrados locales quienes ponían los alimentos durante la noche.

Por otro lado, los etíopes trogloditas (es decir, los que vivían bajo tierra) son mencionados en IV, 183. Carecían de lenguaje articulado y su habla se parecía a los chillidos de los murciélagos. Esta característica se explica porque vivían en un extremo. Ya los había citado Hecateo y, asimismo, fueron muy populares en la literatura posterior sobre Etiopía.

En cambio, otro motivo antiguo relacionado con Etiopía, el de los pigmeos y la geranomaquia, su lucha contra las grullas, también fue ignorado por Heródoto, a pesar de que su aparición en la literatura griega había tenido lugar nada menos que en la *Ilíada* III, 3-6.

EL SUR DE LIBIA

En IV, 181-196, describió el autor el extremo suroccidental de Libia dentro del relato general sobre esta parte del mundo.

Comenzó describiendo la región costera civilizada donde se asentaron las colonias griegas; continuó con las tribus nómadas al norte del Sáhara y dejó casi al final de este cuarto libro el relato sobre el extremo del continente.

“Libia” era el nombre del continente africano, que incluía a Egipto y Etiopía. Además, se suponía la existencia de una conexión entre esta última y el ángulo suroccidental libio, desde donde se pensaba que fluía el Nilo en dirección a Etiopía.

Junto a las características propias de un extremo de la Tierra, escribió el autor sobre los atarantes, un pueblo cuyos integrantes carecían de nombres propios y maldecían e injuriaban al Sol cuando éste quemaba en exceso.

Por último, Heródoto resumió su relato del extremo libio en IV, 191 con una lista de maravillas (donde aparece una fauna fantástica y unos hombres no menos sorprendentes, como los cinoscéfalos y los blemies), algo poco ha-

bitual en él. Se ha argumentado que esta manera de presentar la información era propia de Hecateo, quien no examinaba las maravillas con el mismo detenimiento que les dedicaba el de Halicarnaso. Desde luego, cabe plantearse si alguna vez quedará definitivamente cerrada la cuestión de la dependencia de nuestro autor con respecto a la obra de Hecateo.

LOS ÁRABES

El *lógos* árabe aparece en III, 107-113. Mientras que en el relato tomado de Escílax de Carianda sobre sus exploraciones en Asia no dice casi nada de Arabia³.

En esos capítulos del libro III no se habla de la geografía de la península y todo el relato es una fantasía sobre la naturaleza del país y sobre el modo de obtención de las sustancias aromáticas por las que Arabia era famosa.

En la época de Darío, el incienso se enviaba a Persia como tributo y el ejército de Jerjes contó con árabes que luchaban a lomos de sus camellos.

El gran especialista alemán Albrecht Dihle argumentó que algunas zonas de Arabia y la India habían estado sometidas a Darío I, pero ya habían pasado varias décadas y en la época de Heródoto ambos países habían vuelto a formar parte de los extremos legendarios.

De todas maneras, los persas se las ingeniaron para mantener contactos con Arabia y la India. No olvidemos que, a finales del siglo V a.C., el falsario Ctesias afirmó haber contemplado una embajada india en la corte aqueménida. Desde luego, es rotundamente cierto que Darío III empleó tropas y elefantes indios en la batalla de Gaugamela contra Alejandro Magno y el comandante aqueménida de la ciudad de Gaza contó, a su vez, con mercenarios árabes.

Volviendo a Arabia, hay que decir que se trata de una amplia región, que contenía tanto zonas cercanas como lejanas al centro marcado por la costa mediterránea.

De todas maneras, para nuestro autor Arabia era un todo, una parte de los extremos. Entre sus maravillas se encuentra el relato de la obtención de la canela; el del pájaro del cinamomo y, por supuesto, la abundancia de serpientes, especialmente las aladas, que luego Megástenes ubicaría en la India y que en el relato herodoteo custodiaban el árbol que produce el incienso.

³ Hdt. IV, 44.

LOS INDIOS

La narración en que aparecen se encuentra en III, 98-106, a la que se deben añadir algunas otras referencias dispersas por las *Historias*. La India era para los griegos el país más oriental de la ecumene y sus habitantes, los más numerosos de la Tierra.

El relato ya mencionado acerca de las exploraciones llevadas a cabo por Escílax de Carianda a finales del siglo VI a.C. al servicio del rey persa Darío I y que conocemos gracias a Heródoto, comienza precisamente en la India y, al igual que ocurre con los pobladores de otros extremos, en el ejército de Jerjes hubo tropas indias y de sus pueblos vecinos, como es el caso de los gandaras y los etíopes orientales.

Heródoto distinguió entre una India más cercana, gobernada por los aqueménidas y otra más remota⁴, cuyos habitantes se comportaban de modo salvaje.

Aunque algunas de sus fuentes conocieron este país, es el caso ya mencionado de Escílax, para nuestro autor, la India era una típica tierra de los extremos. Por tal motivo, abundaba de manera sorprendente el oro en su subsuelo y era asimismo custodiado por unas hormigas gigantes que también fueron mencionadas en algunas obras en lengua sánscrita.

En concreto, señaló nuestro autor que unos pobladores del norte de la India organizaban expediciones en busca del oro que abundaba en una zona desértica cercana. Dicha área, según nuestra opinión, no puede ser identificada con ningún desierto concreto, sino que debe entenderse como una referencia a las *eremíai* (desiertos) que Heródoto consideraba que había en los extremos del mundo y en los cuales abundaban las riquezas.

En dicho desierto, había unas hormigas gigantes cuyas dimensiones eran inferiores a las de los perros y superiores a las de los zorros; estos insectos realizaban su nido subterráneo sacando a la superficie la arena excavada. Se daba la particularidad de que la arena era aurífera y los habitantes de las cercanías se las ingeniaron para obtener el oro de la siguiente manera:

Organizaban recuas de tres camellos, colocando dos machos en los extremos y en el centro una hembra que tuviera unas crías lo más jóvenes posible, sobre la cual montaba el indio que conducía la recua.

De esta manera se presentaban a primera hora del día en el desierto donde tenían las hormigas sus madrigueras.

Al llegar a este punto, aprovechó nuestro autor para realizar una breve digresión explicando en qué momento se apreciaba en la India una temperatura

⁴ Mencionada en Hdt. III, 101.

más elevada. Cuando comentó que los expedicionarios acudían a robar el oro debido al fuerte calor matutino, no hizo otra cosa sino aplicar una vieja creencia geográfica en la cual, partiendo de la idea de una Tierra plana, se pensaba que las regiones más orientales eran las primeras en recibir diariamente la luz solar; debido a esta cercanía a la aurora, durante las primeras horas el calor era excesivo y las hormigas tenían que permanecer obligatoriamente dentro de su madriguera. Como consecuencia de esta situación, el oro que habían excavado permanecía totalmente desguarnecido.

Los expedicionarios aprovechaban la ocasión que les brindaba la naturaleza y, después de haberse aproximado al sitio donde se encontraban los hormigueros, introducían a toda prisa el oro en unos sacos. Los insectos, por su parte, estaban provistos de un extraordinario olfato y de una considerable velocidad y comenzaban a perseguir a los indios que, como hemos comentado, conducían sus recuas de camellos.

Al ir menguando las fuerzas de estos animales, los indios soltaban a ambos machos que habían situado en los extremos para que las hormigas se entretuviesen devorándolos.

Por tanto, los saqueadores del oro quedaban a lomos de las hembras, las cuales llegaban a alcanzar una gran velocidad, ya que deseaban reencontrarse con sus crías, de quienes habían sido separadas al comienzo de la expedición.

De este modo, nuestro autor pudo explicar la proveniencia de la mayor parte del oro existente en la India, aunque también reconoció que el país contaba con otros medios para obtener dicho metal como, sin ir más lejos, la habitual extracción del subsuelo.

Además de este curioso episodio, Heródoto introdujo en la literatura griega nuevas maravillas acerca de la India, pero no dijo nada sobre los pueblos fabulosos que había mencionado Escflax: se trataba de los esciápodos (que tenían una sola pierna, de gran tamaño y la utilizaban como sombrilla); los macrocéfalos (de gran cabeza); los otolicnos (que tenían unas orejas enormes); los monoftalmos (de un solo ojo); los henotíctontes (cuyas mujeres engendraban tan sólo una vez a lo largo de su vida) y los ectrapelos (unas personas de enorme tamaño).

En cambio, un tema al que Heródoto concedió mucha atención valiéndose del supuesto ejemplo ofrecido por un pueblo que habitaba la India consistió en una demostración que podríamos calificar como "sofística" acerca del poder que tiene la costumbre en el mundo.

Nuestro autor planteó en el capítulo 38 de su libro tercero una teoría personal acerca de la "relatividad de las costumbres humanas". Afirmó que si a todos les fuese permitido elegir las costumbres más perfectas, cada uno escogería las suyas.

Para respaldar su opinión, se sirvió de una supuesta anécdota ocurrida pre-

cisamente en tiempos de Darío I. Este soberano habría convocado a los griegos que se hallaban en su corte para preguntarles cuánto dinero aceptarían por devorar los cadáveres de sus padres; dichos griegos, por supuesto, le respondieron que no lo harían a ningún precio.

Acto seguido, el rey aqueménida hizo llamar a los indios calatias, los cuales consumían la carne de sus progenitores según fallecían; delante de los griegos que aún permanecían allí, les preguntó por qué precio estarían dispuestos a quemar en una pira los restos mortales de sus padres.

Al escuchar semejante propuesta, los calatias pusieron el grito en el cielo, ya que consideraban dicho acto tan sacrílego como para un griego el consumo de carne humana.

Heródoto concluyó esta digresión con una cita de Píndaro que juzgó idónea para subrayar la intencionalidad de dicho pasaje: "la costumbre es reina del mundo"⁵.

LOS PUEBLOS DE EUROPA OCCIDENTAL

En su relación de los extremos del mundo, Heródoto mencionó brevemente en III, 115-116 el noroeste de Europa.

Por supuesto, en su época debía de haber diversos relatos disponibles sobre las zonas más lejanas del continente, pero él apenas les mostró atención. Incluso manifestó sus sospechas a propósito de la existencia del río Erídano y de las islas del Estaño, aún siendo consciente de que el ámbar y el estaño llegaban procedentes de los extremos de Europa.

En otros pasajes de su obra mencionó unos pocos datos, confusos, sobre las fuentes y el curso del Danubio y dejó abierta la cuestión de si Europa estaba rodeada por el Océano.

De todas maneras, la supuesta escasez de información no es excusa suficiente para explicar el silencio de Heródoto, ya que el caudal de noticias disponibles sobre la India y Arabia no era mucho mejor o más fiable que el relativo a Europa.

Es indudable que Heródoto pudo haber dedicado muchas más páginas a estas regiones occidentales.

Sin ir más lejos, las florecientes colonias griegas proporcionarían bastante información sobre diversas zonas de Europa. En I, 163, habló sobre las exploraciones de los foceos por el Mediterráneo occidental y, sobre todo, de Argantonio,

⁵ Pind., *fr.* 152 Bowra.

el rey de Tartesos que supuestamente habría vivido ciento veinte años y gobernado nada menos que durante ochenta. Este Argantonio (su nombre procede de una raíz céltica que significa “brillante” o incluso “plateado”) entregó precisamente a los foceos una gran cantidad de plata para que éstos pudiesen costear la construcción de las murallas que protegerían su ciudad del avance de los persas por toda Asia Menor.

Es bastante claro que en este pasaje aparecen algunos elementos propios de los extremos del mundo: en primer lugar, como hemos visto, la onomástica de Argantonio ya nos permite sospechar acerca de su historicidad; por supuesto, llama mucho la atención su increíble longevidad, al igual que sucedía con otro pueblo remoto, el de los etíopes macrobios; por último, debemos añadir su carácter hospitalario y bondadoso, dispuesto a apoyar a los extranjeros griegos que habían llegado a su reino haciéndoles entrega de una parte de las riquezas que abundaban en Tartesos para que pudiesen defenderse de sus enemigos.

Todo apunta a señalar que la caracterización de Argantonio como típico habitante de los extremos del mundo conocido fue prácticamente completa.

Sea como fuere, el caso es que, para Heródoto, el principal escenario de los acontecimientos históricos se encontraba mucho más hacia el este, en torno al mar Egeo y nuestro autor insertó en su obra todos los excursos sobre diversos países y pueblos cuando éstos tenían relación con el relato principal, es decir, aquél que trata la paulatina expansión del imperio persa hasta su encontronazo con el mundo griego.

Sin duda, dentro del esquema de la obra de Heródoto, los extremos de Europa no tenían la posibilidad de ser ubicados en ningún sitio concreto y decidió tratarlos en aquellas partes de sus *Historias* que consideró más convenientes.

LOS ESCITAS Y RESTANTES PUEBLOS DEL NORTE

La narración principal acerca de la parte más extrema de Escitia se encuentra en IV, 25-36.

Al igual que ocurría con Libia, Escitia contenía tres regiones: el centro eran las colonias griegas y las zonas agrícolas situadas cerca del mar Negro; había unos escitas nómadas en la parte intermedia y, por último, en los extremos vivían los salvajes.

Heródoto manifestó en todo momento la relevante distinción existente entre los escitas agricultores y los nómadas. Por el contrario, muchos de los pueblos ubicados en los extremos no eran escitas.

Los isedones, por ejemplo, se hallaban en el lejano noroeste; más allá estaban los arimaspos de un solo ojo y los grifos que custodiaban el oro.

Heródoto colocó a todos ellos en Europa pero, en realidad, su Europa se extendía también por el norte de Asia, por la actual Siberia.

Así, por ejemplo, en la muy posterior *Geografía* de Claudio Ptolomeo los isedones vivían en Asia central.

Hemos visto anteriormente que el de Halicarnaso situó en la India el relato de las hormigas y el oro; en este caso, dudó de la existencia real de los arimaspos y los grifos, pero admitió que el oro procedente de este extremo era real.

En realidad, los relatos de combates entre hombres y fieras por obtener una preciada recompensa constituyen un motivo recurrente a lo largo de la historia de las tradiciones griegas acerca de países remotos; en casi todas las ocasiones, se muestra vencedora a la humanidad en su lucha contra la naturaleza salvaje.

Los arimaspos son simplemente un ejemplo temprano de un motivo que alcanzó una creciente popularidad entre los griegos. Más bien, tendríamos que contemplar esta lucha contra las fieras o los monstruos como parte de la tendencia general existente entre los autores antiguos por describir a los lejanos bárbaros (especialmente los que vivían en las latitudes septentrionales) como unos ascetas no contaminados por la atmósfera viciada que reinaba en el interior de la *polis*.

Las riquezas y demás singularidades que se encontraban presentes en su primitivo hábitat eran precisamente inexistentes en Grecia; por ese motivo, los pueblos lejanos, al modo de los "buenos salvajes" creados por la Ilustración mucho tiempo después, personificaban las virtudes de una etapa histórica más sencilla, más valiente y menos corrupta.

La principal fuente empleada por Heródoto en este pasaje fueron los *Cantos arimaspeos* de Aristeas de Proconeso, una obra posiblemente compuesta en el siglo VI a.C. y que no ha llegado en su totalidad hasta nosotros. A pesar de ello, el propio Heródoto ofreció algunos datos acerca de su composición: Aristeas, poseído por un éxtasis religioso, llegó hasta el país de los isedones, en el lejano norte; dicho país marca, precisamente, el punto donde comienza el mundo de lo desconocido⁶.

Por tanto, Aristeas vivió entre los isedones, quienes le informaron sobre lo que había más allá. A su regreso de este viaje, podríamos decir, "iniciático", puso por escrito sus experiencias en los mencionados *Cantos arimaspeos*, en forma de poema épico.

Desde luego, no está clara la veracidad del viaje de Aristeas, existe al respecto un debate científico aún no resuelto, pero las posibilidades literarias creadas son suficientemente elocuentes al respecto.

⁶ Hdt. IV, 16.

Partiendo de una situación ventajosa, nos referimos a su presunta estancia entre los isedones, cerca del extremo septentrional de la ecumene, Aristeas dirigió su mirada de manera simultánea hacia los arimaspos y hacia el mundo griego, se trató de una perspectiva bifronte ideal para la tradición literaria de la sátira etnológica.

Los isedones eran útiles para establecer una comparación cultural. Según el testimonio de Heródoto, ellos fueron quienes describieron las luchas entre los arimaspos y los grifos; Aristeas se limitó a escucharlos y a transcribir sus relatos.

Al llegar a este punto, merece la pena destacar que su descripción de los arimaspos estuvo muy idealizada: eran muy numerosos y muy nobles guerreros, ricos en caballos y en ganado.

Tenían un solo ojo en su elegante cabeza, tenían el cuerpo cubierto de vello y, además, eran los hombres más fuertes del mundo.

De esta manera, los isedones habrían supuestamente descrito a sus vecinos del norte como un pueblo civilizado cuya existencia, al igual que la de la aristocracia homérica, se alegraba con la posesión de caballos y con la práctica del combate.

Si continuamos con el relato recogido por Aristeas, el último pueblo septentrional conocido era el de los argipeos; más allá de ellos tan sólo había historias sobre hombres con pezuñas de cabra y, aún más hacia el norte, gentes que dormían la mitad del año.

Ese tipo de descripciones, desde luego, no son realistas, al menos ésa es mi opinión, pero el período de medio año desde luego corresponde al invierno del extremo septentrional.

Por último, conviene recordar que el pueblo más remoto en dirección norte eran los afortunados hiperbóreos, cuyas características los hacían, al mismo tiempo, habitantes de un extremo y parte de la tradición griega. Según Aristeas, vivían más allá de los arimaspos; Heródoto mencionó esto, pero además, eliminó deliberadamente de su relato los aspectos más utópicos que la tradición griega había mantenido sobre los hiperbóreos, tales como las inmejorables condiciones climáticas que disfrutaban y su especial relación con el dios Apolo, quien vivía parte del año, concretamente durante el invierno, entre ellos, en el país de los hiperbóreos.

En un interesante pasaje⁷, escribió Heródoto que todos los pueblos habitantes de las regiones más septentrionales de la ecumene, a excepción de los hiperbóreos, atacaban sin cesar a las gentes que vivían inmediatamente al sur de

⁷ Hdt. IV, 13.

ellos; esto es, los arimaspos habían expulsado a los isedones de su país; los isedones, a su vez, habían atacado a los escitas y éstos, por último, habían ocupado la región en que los conoció Heródoto (aproximadamente la actual Ucrania) tras haber expulsado de allí a los cimerios.

Este aparentemente absurdo relato ha sido interpretado en el sentido de que los diversos pueblos mencionados mantenían una constante presión hacia el sur debido a sus ansias por alcanzar una zona climática más cálida que la ocupada con anterioridad.

Además, Heródoto introdujo dentro de esa lucha a todo el conjunto de poblaciones que habían sido mencionadas por Aristeeas en su obra, a excepción, como cabría esperar, de los hiperbóreos. El motivo de su exclusión puede deberse, por su propio carácter utópico que, en esta ocasión, los habría convertido en unas gentes pacíficas. Esta característica, junto a las idóneas condiciones climáticas de que gozaban al norte de los montes Ripeos (una cordillera que los aislaba geográfica y climáticamente del resto de las regiones septentrionales), permitía que los hiperbóreos gozasen de una feliz existencia y quedasen al margen por completo de la lucha atroz establecida por la búsqueda de tierras más cálidas hacia el sur.

Al llegar a este punto, debemos recordar el concepto de *eukrasía* o moderación climática en un justo equilibrio entre los meses de invierno y los de verano, que numerosos autores griegos habían concedido a su país.

Eso permitiría explicar que algunos de ellos reflejasen en sus respectivas obras la obsesión de los pueblos nórdicos por alcanzar la cuenca del mar Negro y del Mediterráneo aunque, al mismo tiempo, quedó establecida una segunda zona de idealización climática en la región de los hiperbóreos que, de esta manera, jugaba un papel de cierta "competencia" al rivalizar con la propia Grecia a la hora de ostentar el privilegio de ser el país que gozaba del mejor y más perfecto clima del mundo.

REPERCUSIÓN DE LA OBRA DE HERÓDOTO EN MATERIA ETNOGRÁFICA

En épocas posteriores, Heródoto fue tachado de mentiroso, aunque su obra continuó siendo leída, especialmente a comienzos de la época helenística.

Aristóteles lo criticó, pero lo usó mucho. Éforo y Teopompo también deben bastantes datos a sus *Historias*.

Su influencia fue aún más relevante al tratar sobre los extremos del mundo. Nearco, el almirante de la flota de Alejandro Magno y Megástenes, embajador de Seleuco ante el rey Chandragupta, continuaron hablando de las hormigas de

la India. Asimismo, hay otros elementos procedentes de Heródoto en los fragmentos conservados de la obra de Nearco.

Otro relevante autor, Arriano de Nicomedia, del siglo II d.C., también se basó en nuestro autor a la hora de describir la península Arábiga.

En resumen, habría que señalar que Heródoto no sólo fue el “padre de la Historia”, sino también el padre de la etnografía. Mientras sus predecesores, los logógrafos, han permanecido en la oscuridad sin ser demasiado mencionados, su obra se convirtió en un modelo para las generaciones futuras cuando éstas decidieron volver a escribir sobre las tierras y los pueblos más alejados de Grecia.

BIBLIOGRAFÍA

ALBALADEJO VIVERO, M. (2005), La India [y Etiopía] en la literatura griega antigua. Un estudio etnográfico, Servicio de Publicaciones, Alcalá de Henares.

ALBALADEJO VIVERO, M. (2005), “Los extremos de Europa en la obra de píndaro y de Heródoto”, *Klio* 87.2, pp. 315-328.

ALBALADEJO VIVERO, M. (1998), “Los hiperbóreos, ‘benefactores’ de Grecia”, *Polis* 10, pp. 5-28.

BAKKER, E.J., DE JONG, I.J.F. y VAN WEES, H. (2002), *Brill’s Companion to Herodotus*, Brill, Leiden-Boston-Colonia.

DEWALD, C. y MARINCOLA, J. (2006), *The Cambridge Companion to Herodotus*, Cambridge University Press, Cambridge.

DIHLE, A. (1994), *Die Griechen und die Fremden*, C.H. Beck, Múnich.

EVANS, J.A.S. (1965), “Despotes Nomos”, *Athenaeum* 43, pp. 142-152.

GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J. (2000), *El descubrimiento del mundo. Geografía y viajeros en la antigua Grecia*, Editorial Akal, Madrid.

JACOBY, F. (1913), “Herodotos”, *RE Suppl.* II., cols. 205-520.

KARTTUNEN, K. (1989), *India in Early Greek Literature*, Finnish Oriental Society, Helsinki.

REDFIELD, J. (1985), “Herodotus the Tourist”, *CPhil* 80, pp. 97-118.

ROMM, J.S. (1998), *Herodotus*, Yale University Press, Yale.

ROMM, J.S. (1992), *The Edges of the Earth in Ancient Thought*, Princeton University Press, Princeton.

ROSELLINI, M. y SAÏD, S. (1978), “Usages de femmes et autres nomoi chez les ‘sauvages’ d’Hérodote: essai de lecture structurale”, *ASNP serie III* 8, pp. 949-1005.

THOMAS, R. (2000), *Herodotus in Context. Ethnography, Science and the Art of Persuasion*, Cambridge University Press, Cambridge.